Resultados culturales de algunos errores históricos en La Rioja

José Luis Gómez Urdáñez

Al margen de la hiperpolitización interesada del sentimiento regional que ha producido el nacionalismo epígono, y de la confusión que ha introducido en la cultura histórica de las regiones españolas, hay algunos errores metodológicos que están lastrando la investigación regional desde su punto de partida. En La Rioja hay al menos dos destacables. Uno está producido por el empeño en acordonar una pretendida cultura tradicional propia, original y excluyente por medio de unas fronteras artificiales, políticas y de reciente creación, sin tener en cuenta el choque anacrónico resultante. El otro tiene su origen en la búsqueda de factores culturales delimitadores sin base histórica suficiente. Sobre el primero se podría citar como ejemplo un texto extraído de la más ambiciosa publicación sobre *Historia de La Rioja:* los tres tomos que dirigió J. García Prado, editados lujosamente en 1982. El propio director comienza su definición de La Rioja con esta frase: «La región de La Rioja existe desde que el mundo es mundo» [1], lo que no necesita ninguna explicación. Sobre el segundo error es suficiente una observación: se hace del vino elemento definidor y se olvida, por ejemplo, la extraordinaria potencia de los telares cameranos o de su sostén, la cabaña ganadera, que, durante toda la Edad Moderna, configuraron un área artesanal mucho más definida, con características más peculiares que las de la amalgamada zona vinatera [2].

Si estos errores no son resueltos por los estudiosos que hoy se ocupan de la antropología y la etnografía en La Rioja, no podremos desterrar algunos tópicos muy extendidos, que a continuación voy a tratar de describir.

Una región con sospechoso exceso de influencias foráneas

Basta ojear los estudios sobre arquitectura popular o sobre manifestaciones folclóricas para descubrir que casi todos los procesos culturales encuentran explicación en la influencia de las regiones cercanas, con escasas excepciones que, para mayor desgracia, pocas veces resisten la crítica histórica. Así, en la arquitectura popular riojana que describen L. V. Elías y R. Moncosí de Borbón en una obra publicada en 1978 se puede leer: «con respecto a la situación de confrontación de distintas influencias, La Rioja, a nivel de arquitectura popular, refleja esa peculiar situación (...) Hay algunos datos concretos como son la influencia de la casa pinariega, que se encuentra en los límites de Burgos y Soria. La chimenea central es un claro exponente de esa influen-

[1] BARCÍA PRADO, JUSTINIANO: «La Rioja Región, provincia y Comunidad Autónoma». *Historia de La Rioja,* Logroño, 1982, t. I, pág. 16.

[2] Vid. GONZÁLEZ ENCISO, A.: «La industria dispersa en la Sierra de Cameros. 1700-1840», en «I Coloquio de Historia de La Rioja». Logroño, Publicaciones del Colegio Universitario, 1984, t. X, fasc. 1, págs. 39-56. Sobre el mismo tema en Ezcaray, vid. DE BUNES IBARRA, M. A.: «Incidencias de la Real Fábrica de paños de Santa Bárbara y la explotación minera en la demografía de Ezcaray en la segunda mitad del siglo XVIII», y SÁENZ TERREROS, M. V.: «Historia textil de Ezcaray». ambos la publicación citada arriba.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

cia. Por el este tenemos la tradicional tipología del ladrillo, clasificada como mozárabe (sic). A la vez, la "galería aragonesa" que desde la desembocadura del Ebro recorre todo su curso penetrando en nuestra región» [3]. Si leemos un célebre folleto que hace unos años editó la Diputación sobre gastronomía, que en su día motivó la carcajada nacional en un artículo de X. Domingo, encontramos la misma necesidad de atribuirlo todo a las influencias de las zonas próximas [4]. Ocurre igual en el folclore: la jota por un lado; el pito y el tamboril por otro, o la dulzaina (que dicen castellana sin tener en cuenta su verdadero origen, anterior a la fundación del viejo reino).

El recurso a las influencias exteriores, tan prodigado, pone al historiador en actitud de sospechar que lo que realmente ocurre es que no se ha delimitado bien un área cultural y que, además, no se han manejado factores importantes de delimitación. Las manifestaciones que perviven, además de ser escasas, están excesivamente erosionadas por los «recuperadores culturales» y, en todo caso, las diferencias en su manifestación exterior, con respecto a las de zonas próximas, no son tan amplias como para permitir evadir su origen común, casi siempre suprarregional e incluso supranacional [5]. Simplemente hay que acudir al siglo XVIII para ver cómo una gran parte de las tradiciones regionales —bailes, trajes, procesiones de gremios o cofradías, etc.— conocían sus primeros reglamentos, por lo general iguales (a pesar de la irritación que alguna de ellas producía entre los ilustrados) [6].

Pero hay un método más sencillo incluso que el recurso a la Historia para desmontar el tópico, abuso de influencias. Basta tener en cuenta como en las regiones próximas se produce el mismo fenómeno, como las influencias provienen de todas las regiones fronterizas. Con sólo continuar en una dirección, al manejar los estudios de las diferentes regiones, podríamos ver hasta dónde llega esa «primera influencia»; es decir: podríamos acercarnos a la delimitación por un factor de un área cultural. Tomemos el ejemplo de la «galería aragonesa» —mejor denominada mirador— y observemos su amplia difusión mediterránea y su utilización tan temprana en el mundo romano o en el área musulmana ribereña. Con este mismo ejemplo podemos notar los múltiples procesos de aculturación producidos en la zona, las variaciones arquitectónicas derivadas de la penetración desigual de los estilos artísticos; pero, igualmente, que la funcionalidad no varía. que la necesidad que se intentó cubrir con esa solución constructiva persiste siempre que se vuelva a emplear, esa necesidad y esa solución son lo que realmente interesa. Las diferencias regionales de construcción o de utilización se entenderían mejor conociendo la cultura originaria que propició el sistema. Sólo así caería un tópico tan extendido.

---

[3] ELÍAS, L. V., y MONCOSI DE BORBÓN, R.: *Arquitectura popular de La Rioja.* Logroño, 1978, pág. 33.

[4] HERCE, F. J., y RAMÍREZ, J. M.: *Gastronomía riojana.* Logroño. Publicaciones de la Diputación, 1981. De la ácida crítica de Xavier Domingo merecen copiarse estos párrafos: «Tampoco es muy sensato atribuir un origen muy local a cosas como el chilindrón, que es una de las múltiples variantes del sofrito, común a los pueblos mediterráneos y de muy probable origen italiano.» «...la salsa verde (...) está en los primeros formularios y recetarios a partir de los siglos XI y XII, en Italia, Francia, Cataluña, etc.» Cfr. X. DOMINGO: «La Rioja teológica», *Cambio 16,* 1-2-82, núm. 531.

[5] La suprarregionalidad queda siempre de manifiesto en cualquier estudio etnográfico serio. Véase, por ejemplo, el que hace poco acaba de publicar Caro Baroja; los mapas de distribución del arado denotan la dispersión nacional de los diferentes tipos —castellano, mediterráneo neto, del norte— sin que pueda observarse relación alguna con las regiones o comunicades actuales. Cfr. CARO BAROJA, J., *Tecnología popular española,* Madrid, Edit. Nacional, 1983, especialmente mapas 113-115.

[6] Puede comprobarse en los *Diarios* de Jovellanos o en el *Viaje de España* de A. Panz, por ejemplo. Sobre la actuación de algunas autoridades con respecto a las manifestaciones populares más exageradas, véase mi obrita *La Hermandad de la Sangre de Cristo,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1981.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

Una región llamada «de paso»

Hay al menos dos causas que explican el mantenimiento de la falacia de la «zona de paso». La principal es que no hay suficientes estudios históricos y antropológicos que puedan explicar lo que se ha dado en definir como «carácter riojano»; la otra se basa en parte en lo que ya se decía arriba: en la necesidad de recrear una cultura propia, originaria y excluyente, que con este tópico vería explicadas algunas de sus pretendidas características: hospitalidad, carácter abierto de los riojanos, mezcolanza toponímica, apellidos de dispar origen, etc. Por esta segunda razón parecen mantenerlo Elías y Moncosí, que llegan a anunciar como uno de sus propósitos «mostrar a La Rioja como una zona de influencia cultural», a la vez que abundan en contrasentidos culturalistas como éste:

> «... el hecho de ser un lugar de paso o transición define un tipo de cultura, al contrario de lo que normalmente se opina con respecto a otras áreas» [7].

Incluso con gran superficialidad en la reflexión sobre esta pretensión, es notorio el equívoco. Pregúntese cuál es la zona natural, abierta, que no sea posible calificar de zona de paso, y la respuesta será inmediata: prácticamente todas lo son, e incluso una gran mayoría más que La Rioja. Pancorbo (Burgos), la llanada alavesa, las mesetas, el valle del Jalón, el del Guadalquivir y tantas otras «fronteras» no han conocido la insistencia en algo tan trivial. Tampoco el Camino de Santiago ha producido en las otras provincias que atraviesa el tópico del «paso», ni el Ebro, navegable hasta Varia (Varea, Logroño) en época romana, ha dejado en Aragón la falaz secuela.

Ya con esta comparación puede apreciarse que la verdadera causa puede ser la primera que anunciaba: la escasez de estudios sistemáticos, que ha dejado a los eruditos riojanos en la superficialidad a la hora de dar explicación a los tópicos que ellos mismos inventaron. Sin embargo, desde hace una década —gracias a los trabajos realizados desde los departamentos del Colegio Universitario— es posible enmendar algunas desviaciones [8]. Sobre el tópico del «paso» se sabe que una de las preocupaciones más manifiestas de los regidores municipales de Logroño fue, durante los siglos XVI al XVIII, mejorar el desastroso estado de los caminos que atravesaban La Rioja, prácticamente incomunicada con la meseta durante el invierno; una preocupación que ya en el siglo XVIII daría fruto con la construcción de los caminos a Santander y a Vitoria [9]. Una región débilmente comunicada mal puede ser definida como zona de paso. Peor aún si queda fuera de las más importantes rutas que atraviesan España. Piénsese en la escasez de viajeros notables que la conocieron. En plena Ilustración y aun antes, en medio de la corriente viajera que inunda Europa, La Rioja queda fuera de las rutas que siguen la mayoría de los extranjeros que vienen a España. Apresuradamente salgo al

---

[7] ELÍAS, L. V., y MONCOSI, R., *op cit.*, pág. 33.

[8] Sobre la importancia de esta institución universitaria y el cambio cultural que ha producido en La Rioja, puede verse el excelente trabajo de DE LAS RIVAS, MANUEL, «La cultura riojana: pasado, presente y futuro», «Boletín informativo de la Fundación Juan March», 1985, que supone además una de las mejores síntesis sobre la cultura de La Rioja.

[9] Cfr. OLLERO DE LA TORRE, A., «La Rioja en el siglo XVIII: un proyecto de los agricultores para la reactivación de su comercio», «I Coloquio sobre Historia de La Rioja», Logroño, Publicaciones del Colegio Universitario, 1984, t. X, fasc. 1, págs. 27-38. También mi artículo «La economía riojana: dualidad y autarquía», *Historia de La Rioja,* t. III, págs. 82-87.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

paso de quien ya haya pensado en el viaje de Jovellanos hasta Logroño para recordar que el asturiano no pasó por La Rioja sino que visitó la parte Alta [10].

El excesivo protagonismo del vino

Tan peligrosos son los dos anteriores tópicos como otro que se extiende cada vez más y que responde a una necesidad turístico-recreativa y económica en sus fines y, de nuevo, a una falta de conocimiento histórico en los planteamientos: es éste el resultado de considerar una manifestación cultural como prototípica y definidora; es decir: hacer que de ella dependan todas las demás. Así se produce con la llamada cultura del vino, que se intenta superponer universalmente a todo el entorno actual riojano de una manera atemporal. Es sorprendente que una actividad agrícola-industrial desarrollada se quiera llevar con las mismas características actuales a tiempos remotos; o que incluso se haya llegado a una desternillante polémica en las páginas del diario «La Rioja» sobre si el *bon vino* berceano era bueno o malo, riojano o no riojano... Todo ello porque en La Rioja, cuyo vino se exalta hasta el ritual religioso —hay un ofrecimiento del primer mosto a la virgen de Valvanera— no hay ni un solo estudio sobre producción, comercialización, etc., a lo largo de su historia [11]. Parece que hay hasta miedo de descubrir que el sustento de esa llamada cultural es un cambio económico profundo en el siglo XVI [12] por el que aumentarían los cultivos no cerealeros, marginales, y que las actuales técnicas vinificadoras no rebasan una antigüedad superior a décadas. Esto, aquí en La Rioja y en todas las demás zonas vinateras europeas, salvo escasas excepciones (para tranquilidad de algunos). Y lo mismo en cuanto a la calidad de los vinos. Ya sabemos que se vendimiaba muy pronto, que el vino tenía mucha acidez, y que se preferían los vinos de fuerte gradación alcohólica al menos hasta la segunda mitad del siglo XVIII (compruébese el origen de los vinos que prefieren los pícaros). Son los nuevos gustos que impone la Ilustración los que hacen cambiar las preferencias, y es en el XVIII cuando el capitalismo mercantil da salida a un producto que pronto propiciará la acumulación de capital suficiente para ampliar la débil infraestructura comercial riojana y para iniciar la especialización en algunas zonas. La alta densidad de población con sus excedentes de mano de obra, la fertilidad de los valles y los minifundios se encargan de todo lo demás. Quedaban algunos problemas para el siglo XIX —el riesgo del transporte, la estructura feudal que amparaba a los cosecheros grandes, la dificultad de abrir mercados— que la burguesía en el poder resolvería a lo largo del siglo. Con todo, es necesario seguir investigando muchos problemas no resueltos con el fin de amparar los estudios etnográficos de campo y de evitar las incongruencias que, en el estado actual de cosas, se han de padecer.

Pero, si el vino riojano parece omnipresente, la actualísima moda gastronómica lo es a todas luces. Se sufren en La Rioja los mayores desatinos con la manía de exaltar condimentaciones de productos variados y de hacerlos aparecer como restos de un pasado riojado recuperado. Si se me permite la broma, para algunos comerse un pimiento relleno es un buceo arqueológico. No me voy a detener demasiado sobre algo tan

[10] Una escasa compilación, en su mayoría procedente de GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal,* puede verse en un artículo publicado en las Actas ya citadas del I Coloquio de Historia de La Rioja.

[11] En la práctica, casi todo lo que sabemos se debe a la obra de HUETZ DE LEMPS, *Vignobles et vins du nord-ouest de l'Espagne,* Bordeaux, 1967, 2 vols. Actualmente, se realiza bajo mi dirección una tesina sobre la comercialización del vino en Logroño en el siglo XVIII.

[12] Sobre las bases económicas más decisivas del siglo XVI en La Rioja podrá consultarse la obra de F. BRUMONT, *La Rioja en el siglo XVI,* en las Actas del II Coloquio de Historia de La Rioja, actualmente en prensa.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

burdo, pero sí quiero dejar constancia de que la llamada cocina riojana es en su mayor parte inventada y además muy recientemente. Hay toda una serie de barreras que hace unas décadas impedían los actuales sistemas de condimentación, entre ellas la conservación, el conocimiento de algunos productos, el transporte de algunos en fresco e incluso los gustos. No hay estudios sobre la alimentación en la historia de La Rioja, pero es suficiente con la memoria histórica viva para conocer lo que el pueblo riojano comía y cómo lo condimentaba. ¿A quién le vamos a recordar que poco y mal...? Algo más importante como es el alcoholismo en aumento o la alimentación malsana debería ser tenido en cuenta a la hora de hacer exaltaciones, hoy llamadas culturales, del vino o del chorizo. Nadie ha dicho en Logroño que el vino produce cirrosis y... poca cultura.

La proliferación de los recuperadores culturales

El mero hecho de anunciar que se pretende recuperar una manifestación cultural es prueba concluyente de la muerte de su significación y del olvido de la cultura que la vio nacer. Se puede, en todo caso, recuperar el utillaje, el urbanismo, los medios materiales, pero, entonces, habría que decir *conservar*, no *recuperar*. No se puede pensar en la *recuperación* de la cultura tradicional camerana si no se está decidido a hacerlo a lomos de una mula o sobre unas *albarcas*, trabajando de pastor o alumbrándose con un candil; y si no se tiene la seguridad de que el ejemplo cunde entre un número de familias regularmente elevado, al menos suficiente para poblar más de un núcleo. Con un todo-terreno y un generador eléctrico no se puede recuperar lo que definitivamente hicieron desaparecer esos mismos ingenios técnicos y la potencia de la cultura que los ideó. Esto último es una pantomima hipócrita y estéril.

Otra cosa diferente es desarrollar medios de vida que eviten la colisión cultural y el desastre ecológico y humano; pero esto no tiene nada que ver con los propósitos recuperacionistas, sino con el interés económico y con el desarrollo armónico regional, lo que también es importante aunque no sea tema de consideración del historiador o del antropólogo. La despoblación camerana y la destrucción de su cultura es un hecho histórico. Se inicia a principios del siglo XIX con la pérdida de los privilegios que confería la Mesta a la ganadería; prosigue durante todo el siglo paralelamente a los nuevos proyectos industrializadores y comerciales con los que la industria dispersa camerana no puede competir, y termina con sucesivas oleadas migratorias, consecuencia —nunca causa— de la marginación económica de la zona iniciada mucho tiempo atrás. Un proceso que ha durado doscientos años es inexorable. La labor del humanista —historiador, antropólogo, etc.— no excede de la reconstrucción ideal, con el máximo de datos posible (de archivos, orales, geográficos, urbanísticos, etc.) de la cultura —en su más amplia significación— de esa región [13].

No sería preciso insistir en las dificultades que bloquearán esas intenciones de recuperar los Cameros —cito este caso por seguir con el ejemplo y sin olvidar otras zonas de La Rioja de similares problemas— si no fuera porque pudiera ocurrir que por intentar lo imposible se olvidara lo necesario o, por el contrario, que por un excesivo derrotismo quedara todo abandonado. Porque si bien es cierto que será imposible restablecer los modos de vida y la cultura derivada, lo es por igual que no puede evitarse el estudio completo —histórico, artístico, etnográfico, etc.— de las zonas marginadas

[13] Un buen estudio sobre la región es el de CALVO PALACIOS, J. L., *Los Cameros*, Logroño, 1977, aunque las aportaciones son sobre todo geográficas.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

como Cameros, y menos en este momento en que bordeamos una fecha límite, tras la cual la desaparición física de hombres y fuentes dificultará extraordinariamente cualquier investigación. Hay autoridades e instituciones que deberían conocer su responsabilidad [14].

Aunque menos preocupante, hay otro problema derivado de la fiebre recuperadora moderna. Es el de recrear actividades, casi siempre folclóricas, festivas y muy populares. No hablaré de «Los picaos» —una flagelación procesional celebrada durante la Semana Santa en San Vicente de La Sonsierra— por no entrar en colisión con motivaciones religiosas y también porque pronto verá la luz un artículo de Manuel Sainz sobre las cofradías de disciplinantes en La Rioja [15]. Las conclusiones de este trabajo fueron unánimemente aprobadas en el II Coloquio de Historia de La Rioja y acaban por demostrar lo escasamente populares que resultaban estos actos de impetración colectiva, y lo menos aún festivos. El problema vuelve a ser eminentemente cultural: se produce una colisión entre culturas en la que el deterioro lo sufre la más débil, como es de rigor. El caso de la cofradía de San Roque de Murillo de río Leza con su «Charramandina» es ejemplar. Allá por los años cincuenta de este siglo desapareció la cofradía por muerte natural (vegetativa podría decirse, pues el fin lo propició la muerte de sus ancianos cofrades). Con ella se fue la «Charramandina», una danza bufa al son de instrumentos de ocasión —almirez, pandereta, botellas, etc.— cuya cantinela tenía un estribillo que se repetía después de unas coplas generalmente de carácter erótico, pero a veces también de crítica social. Los integrantes de la Cofradía eran los más pobres del pueblo. El estribillo decía: «La Charramandina, cómo devina, cómo devana, como que tiene la niña la pata en la cama»; y las coplas críticas solían serlo siempre copiadas del elenco de las más conocidas con el fin de que el anonimato de la composición debilitara al menos las reacciones. Tras tres décadas de olvido, un grupo muy heterogéneo de personas intentó la recuperación y se atrevió a salir con la «Charramandina» el día de San Roque del año 1984. El resultado no pudo ser más cómico para el aprendiz de antropólogo: la clase social de los recuperados cofrades no era uniforme —alternaban profesiones liberales, universitarias, emigrados del pueblo que pasaban sólo sus vacaciones, funcionarios, etc.—; las edades oscilaban entre los treinta y los cincuenta y tantos años; la ideología política repetía la del espectro español: había incluso un dirigente local del partido conservador; para más sarcasmo, no había vino en los trayectos —se hacía descanso en los modernos bares de la localidad, alternando la cerveza con el bitter— y no se sabían las coplas usuales de San Roque; generalmente repetían las conocidas de los quintos [16]. Si la tradición se había recuperado, su más íntima significación ya se podía dar por perdida definitivamente. Al año siguiente llegaría la televisión y, para ello, los cofrades vestirían sus mejores ternos; quizá los más jóvenes no olvidaron que la arruga es bella...

Un futuro esperanzador

Aunque pueda parecerlo no hay contradicción entre el estado de cosas descrito hasta aquí y el título de este epígrafe; debiera, en cualquier caso, haber añadido que a la

[14] El Instituto de Estudios Riojanos elaboró un plan de investigación en el que aparecía Los Cameros como tema preferente, pero no conozco si se ha llevado a cabo algún trabajo, con la excepción del que sigue realizando L. V. ELÍAS.

[15] SAINZ, M., y GONZÁLEZ BLANCO, A., «Las cofradías de disciplinantes en La Rioja». Comunicación presentada al II Coloquio de Historia de La Rioja, cuyas actas están ya en prensa.

[16] El estribillo y algunas coplas de «La Charramandina» han sido recogidas por el grupo «Río Oja» en un disco.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

esperanza de un futuro reparador hay que sumar todavía el temor que produce la expansión del consumismo analfabeto, tal y como ya lo anunciara Manuel de las Rivas, o la de esa moda populachera y de carnaval. Sin embargo, el definitivo asentamiento de los estudios universitarios superiores —actualmente con reconocidas expectativas de crecimiento— produce la tranquilidad necesaria para dar paso a la esperanza. Y los frutos, que sólo hace diez años se ansiaban con entusiasmo, comienzan a ser realidad: ya se ha leído una tesis doctoral en el Colegio Universitario; son decenas las que profesores del centro dirigen a ex-alumnos ya licenciados; hay un Instituto de Estudios Riojanos que beca investigadores con proyectos seleccionados atendiendo a su interés y a la capacidad para realizarlos; se ha celebrado hace poco el II Coloquio de Historia de La Rioja con más de 120 comunicantes procedentes de varias universidades nacionales y extranjeras... Son las pruebas suficientes para asegurar a los que trabajan seriamente por la cultura en La Rioja que es imposible volver a la situación que tan magistralmente describe Manual de las Rivas:

> *Tal vez pueda parecer exagerado un criterio que limita las fuentes de una transformación cultural a las que proceden de la implantación de estudios superiores y medios en el ámbito de la región. Pero para el que conoció La Rioja de los cincuenta y de los sesenta no puede caber la menor duda al respecto. El erudito de pacotilla, el investigador de afición, el amante de la patria chica, más que chica, enana, el diletante de las corrientes creadoras que circulan a muchos kilómetros de distancia, todos esos especímenes son el fruto del aislamiento cultural, de la falta de promoción del conocimiento serio sobre cualquier materia, de la chabacanería provinciana alimentada por la constante fuga de cerebros titulados en Universidades más o menos alejadas del hogar.*
>
> *Y si a todo ello unimos unas condiciones económicas excelentes, unos niveles materiales de vida que permiten la cómoda inmersión en el consumismo analfabeto, tendremos los mimbres con los que se ha venido haciendo el cesto de la vida riojana durante más de doscientos años* [17].

[17] DE LAS RIVAS, MANUEL, artículo citado.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ. Resultados culturales de algunos errores h...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes